

ENRIQUE ESCALONA

1666

Ganador del XVIII Premio Binacional Valladolid a las Letras



Título de la obra: *1666*

Autor: *Enrique Escalona*

Editado en ©Horson Ediciones Escolares, S.A de C.V.

Primera edición: Diciembre, 2021

Número de Registro Provisional: 25147

ISBN:

Director editorial: Olga María Enciso Pérez

Ilustración de portada:

Diseño editorial: Denisse Janeth Pinzón Domínguez

Diseño de forros: Leonardo Pineda Alborran

“Las ilustraciones pertenecen únicamente a su autor.
Queda prohibida su reproducción total o parcial, por
cualquier medio sin permiso por escrito del autor”

Las marcas registradas, aquí presentadas, son propiedad
de sus respectivos autores y solamente fueron usadas con
el propósito meramente ilustrativo, sin fines de lucro.

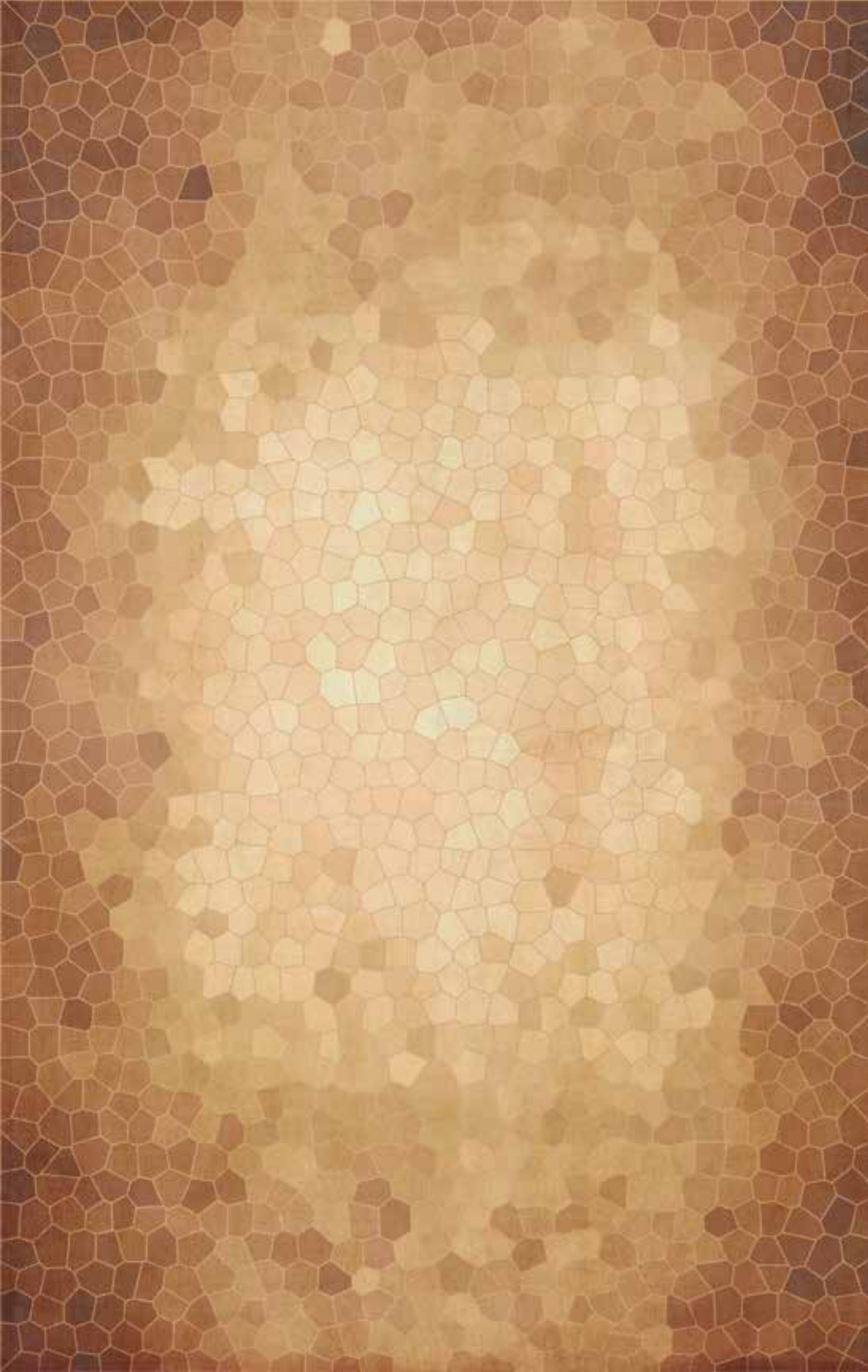
Impreso en México

*Para mi mamá, Teresa Ramos Tinales
y sus historias familiares de la Hacienda la Quemada,
estación de Obregón, Guanajuato.
Tierra de chichimecas.*

*Ninguno se esconda,
que empieza la ronda,
y el zagal que su luz no llevare
lo pone a la sombra.*

Villancico de Sor Juana Inés de la Cruz

ANTES



**RELACIÓN DEL ATAQUE AL PUEBLO
MINERO DE REAL DE SAN JOSÉ,
NUEVA ESPAÑA,
24 DE DICIEMBRE DE 1555**

Esta vez no hicieron mitote y atacaron por sorpresa al atardecer.

Cientos de guerreros se desparramaron desde los cerros con hachas, cuchillos, palos, resorteras, macanas y gritos, sobre todo gritos, alaridos infernales que estremecían y contaban como arma. Los había flacos, correosos, con los músculos que da la vida nómada y también corpulentos, de brazos gordos y pechos boludos como caparazones de armadillo. Las mujeres cargaban a sus criaturas en la espalda, llevaban un arco metido entre los pechos y un carcaj con flechas colgado en la cintura. Los jefes, los chamanes y los guerreros importantes se distinguían porque llevaban capas de algodón, faldas de piel de venado, pectorales de hueso, collares de madera o tocados de plumas. El Gran Jefe era un acaxee llamado Perico, usaba un penacho de plumas de águila y una zalea de coyote atada alrededor del cuello.

Venían de varias tribus: guachichiles, guamares, zacatecos, caxcanes, tepecanos, tecuexes, los últimos acaxeos y hasta pames, que solían ser pacíficos. Juntos eran los temidos chichimecas. Así les apodaron los mexicas y así les siguieron llamando los españoles. Dicen que significa “perros sin cordón” y sus enemigos suelen añadir insultos al nombrarlos: chichimecas bárbaros, chichimecas salvajes, chichimecas indómitos...

Las campanas de Real de San José repicaron ante el ataque sorpresa. Era Nochebuena y estaban desprevenidos, ocupados

en los preparativos de la cena. El pueblo estaba amurallado como un fuerte y los chichimecas se apostaron alrededor. Un piquete de arcabuceros disparó desde los torreones y unos soldados asomaron los cañones entre las almenas. No tuvieron tiempo de hacer más, porque un sonido rasgó el aire y llovió una ráfaga de flechas que zarandeó a los defensores. Eran saetas con filos dentados y puntas afiladas, que atravesaron a los guardias hasta dejarlos como alfileros.

Oscureció con brusquedad y se hizo de noche. El sol quedó oculto entre los picos escarpados de las montañas que rodeaban la hondonada. Los chichimecas siguieron con su ataque, arrimaron antorchas y brasas a los maderos de la muralla hasta que prendió fuego. Un incendio alumbró su entrada a Real de San José.

Fueron recibidos por la primera defensa. Unos lanceros inexpertos que se cubrían con escudos temblorosos. Los chichimecas olfatearon su miedo y acabaron con ellos en un santiamén. En seguida salieron los capitanes. Españoles veteranos, curtidos en batallas, que blandían espadas ornamentadas y escupían maldiciones con palabras llenas de erres y de zetas. La turba se replegó para que se armaran los combates. La guerra tenía su arte y ambos bandos sabían apreciar una buena pelea. El primero en saltar al ruedo fue un capitán vasco de rizos abundantes y barba canosa. Peleaba bien, pero terminó derrotado por la eficaz macana sin adornos de un jefe guachichil. Siguieron los sargentos de alabarda y espada, hábiles, pero incapaces ante tantos enemigos. Los soldados sintieron el filo de los cuchillos de pedernal entre las juntas de sus armaduras y algunos seguían vivos mientras les desprendían, con sumo cuidado, el cuero cabelludo como trofeo de guerra.

Los chichimecas peleaban con bravura porque se jugaban su forma de vida. Llevaban más de treinta años defendiéndose, en una guerra más larga y cruenta que la conquista de Tenochtitlan.

Las tribus no deseaban asentarse, como ya habían hecho otros pueblos indígenas. Ellos vivían bien como nómadas y les gustaba moverse con libertad por el inmenso norte. Su hogar era el desierto, los ríos, los arroyos, las orillas del mar y las cuevas secretas en donde veneraban a sus dioses. Por su parte, los españoles y sus aliados querían a toda costa la plata y el oro que abundaba en esas sierras. Llegaban encomenderos con ejércitos que tomaban por la fuerza a pueblos enteros y robaban o compraban gente para que trabajara debajo de la tierra, en sus peligrosas minas.

Los chichimecas derribaron las puertas adornadas con coronas de hojas secas, y apenas si notaron los nacimientos de barro que adornaban las casas por la Nochebuena. Ellos no sabían que esa era la noche sagrada de sus enemigos, pues tenían otro calendario y otras creencias. Para la hora en la que debería celebrarse Misa de Gallo, ya se amontonaban enfrente de la iglesia los cadáveres del capataz, los barreteros, el azoguero, el contador, el agrimensor, los carpinteros, el fundidor, el padre, el sacristán, los soldados y los capitanes. Las mujeres serían repartidas entre los solteros y los niños crecerían en las tribus. Así de fácil cambiaba el destino en un joven reino llamado Nueva España, que se expandía o reducía a sangre y fuego.

Encontraron una gran cantidad de comida preparada: guajolotes horneados, frutos secos, cerdos a las brasas y vinos. Una muchacha de la servidumbre hablaba acaxee, la lengua del Gran Jefe Perico, y reveló que había una Casa Grande detrás de las minas, bien al fondo de un barranco, en donde vivían el administrador y su esposa.

Los jefes chichimecas bajaron por unos escalones de piedra y admiraron la construcción. Era una fortaleza de paredes altas, con una ventana en forma de rosetón de piedra sobre un pórtico altísimo. La puerta de madera tenía dos leones tallados y estaba

abierta. Cruzaron un patio y entraron a un salón decorado con candelabros, muebles, tapices, jarrones, estatuas y pinturas. Eran supersticiosos y no les gustaba que esos personajes pintados en los cuadros les devolvieran la mirada. El Gran Jefe declaró que el lugar estaba maldito y ordenó que se fueran. Las tribus cargaron con toda la comida y bebida que encontraron y cuentan que, durante varios días, se escuchó la alharaca de un mitote por toda la Sierra Gorda.

Quedó asentado en actas que el pueblo minero de Real de San José fue atacado por indios bravos, que hubo despueble y que no prosperó.

Año del señor de 1555.

EN 1666

**PRIMERA
HOJA DEL BIOMBO**